

Libro de los prodigios: literatura irreverente para lectores cómplices.

Por Verónica Chamorro

La vida está llena de prodigios.

Hay prodigios chiquitos, como el del viento que hace bailar una bolsa en la calle (escena cotidiana, que me remite siempre a la película *Belleza Americana*).

Prodigios grandes, inmensos, como el de la primera palabra pronunciada por mi sobrina (palabra mucho más prodigiosa que la de cualquier niño que empieza a hablar, por supuesto).

Prodigios explicables, como el de las cientos de flores amarillas cubriendo –como si se tratara de nieve– la Avenida del Libertador. Pétalos brillantes sobre autos, plantas, veredas, consecuencia de una tormenta que las arrancó de los árboles. Como si una parte minúscula de la ciudad hubiera decidido vestirse de primavera.

Prodigios inexplicables (aunque sea para quien escribe) como el de la luna gigante que alumbró ayer el cielo de Buenos Aires, y que traté de fotografiar mil veces sin poder capturar la belleza del momento.

Prodigios lejanos, en países desconocidos, vistos por extraños. Prodigios cercanos, al alcance de la mano, disfrutados sólo por nosotros.

Prodigios absurdos, como el que la caída de la bolsa en el otro lado del mundo, esté ligada íntimamente a la llegada de un telegrama de despido en esta punta del planeta.

Prodigios rigurosos: todos los días sale el sol, sin falta. Y tras la lluvia, también vuelve a surgir entre las nubes.

La vida corre demasiado rápido. Últimamente se me escapa la magia de lo cotidiano, irremediamente. Mientras *Libro de los prodigios* descansa entre mis manos, miro por la ventanilla del colectivo y empiezo a garabatear mentalmente estas líneas.

Entrar en el libro de Ema Wolf no es fácil. Son demasiadas las puertas. O quizás son pocas, pero huidizas. Lo cierto es que por momentos, me siento Alicia en el país de las maravillas: tomo la poción y me encojo, estoy a punto de cruzar la puerta, pero me doy cuenta que la llave quedó arriba de la mesa. Vuelvo a crecer, y otra vez, no entro por el espacio mínimo del portal. Frente a esta lectura, me pasa lo mismo. Necesito ser niña pequeña para entrar, y grande para poder desenredar lo que mi pensamiento genera durante esta entrada. Trato de escribir lo que pienso mientras leo, y al tratar de escribirlo, salgo disparada de la historia y me encuentro deambulando entre listas de prodigios olvidados que alguna vez, cuando el tiempo estaba de mi lado, solía disfrutar de otra manera. Y los pensamientos son tantos, que la lapicera permanece quieta, a la espera de que ordene las ideas. Es así como ando y desando la lectura. Y ahora hago lo mismo con la escritura. Mi lectura del *Libro de los prodigios* es un ir y venir: de adentro hacia fuera del libro, de las palabras escritas al eco que las historias dejan en mí, del lector adulto que soy, al lector niño que alguna vez fui.

Entonces me pongo firme, porque no puede ser que mi lapicera siga inmóvil si tanto hay dando vueltas entre el libro y yo. Entonces, armo categorías: prodigios chiquitos... la bolsa que vuela sobre la vereda, la película *Belleza Americana*, y la piedra fugitiva del cuento, que se desplaza delante de la ermita de Balbino. Aunque el orden debería ser el inverso en realidad: la imagen de la piedra inquieta, movida vaya uno a saber por qué íntima energía, me recuerda la magia de las bolsas mecidas por el viento, que solía mirar por la ventana de mi casa cuando era chica. La plaza de enfrente estaba llena de papeles y bolsas, siempre. Suciedad urbana, que pocas ocasiones se volvía poética. Sin embargo, algunas veces llegaba el viento y colmaba todos los rincones del parque. Y

entonces, lo inanimado cobraba vida. Salto del cuento a mi infancia, y sin darme cuenta, otro salto más me lleva al cine y redescubro la película.

Mi mente teje vínculos tras las palabras que Ema Wolf ha tejido para construir el catálogo de sucesos extraordinarios que constituyen el libro. Y estos vínculos se generan, justamente, porque éste es un texto que despierta. Que llama a la reflexión, a la risa, a otras historias que se enlazan con las leídas.

Libro de los prodigios es una obra que requiere la complicidad del lector. No alcanza con dejar que la mirada avance línea tras línea. Los cuentos de Ema Wolf requieren una lectura capaz de ahondar en los espacios en blanco, leer entre líneas, establecer vínculos. Un lector que descubra lo dicho en lo no dicho. Y es que los relatos completan su significación sólo a través de la mirada de quien lee.¹

La propuesta literaria de Ema Wolf parece ubicarse en la orilla contraria a la de los textos pedagogizantes, de mensajes explícitos y recorridos de lectura prefijados en el momento mismo de la escritura. Los relatos del *Libro de los prodigios* se resisten al encasillamiento. Se trata de cuentos que “*nos transportan a la ensoñación, nos llevan a la desobediencia, a contestar [...]. Ponen al revés todos los valores de los adultos, burlándose de sus instituciones [...] nos sugieren que existe otra forma de ver la vida*”². La obra de Ema Wolf forma parte de ese corpus literario que Alison Lurie rescata. Su escritura no sólo respeta sino también contribuye a construir un lector crítico, subversivo, generador de lecturas y reflexiones anárquicas, consciente de que hay mil maneras distintas de ver lo mismo.

Esta postura frente a la literatura infantil puede entreverse a partir del trabajo literario que Ema Wolf realiza en su obra: cómo construye el discurso, cómo transgrede las reglas de los géneros empleados, cómo hilvana palabras, juega con los estereotipos (el del héroe, la santa, el enamorado, el científico...) y hace del humor un instrumento para subvertir jerarquías y valores.

En un discurso que por momentos se asemeja al texto científico o al relato histórico, irrumpen frases populares, palabras de uso coloquial, giros inesperados cargados de humor e ironía. El absurdo está presente ahí, en el centro mismo de lo que parece lógico. Y esa presencia moviliza lo cimientos de lo “dado por hecho” e invita a la pregunta y también a la crítica.

En “La piedra fugitiva”, relato que inicia este catálogo de prodigios, una explicación enciclopédica se quiebra para dejar paso al disparate, y luego vuelve, como si nada, a la seriedad académica: “*cumplió todos los papeles que se le pueden asignar a una piedra: ancla, pedestal, menhir, altar de sacrificios, nido, estela, indicio, guarida de un gnomo metalúrgico, asiento de un poeta que medita sobre la fugacidad de las cosas*”.³ ¿Cómo hace Ema para encontrar la palabra exacta, y ubicarla en el lugar preciso? “*Cumplió todos los papeles que se le pueden asignar*”, dice el texto. ¿Pero qué quiere la piedra en verdad? ¿De qué escapa? ¿Qué destino persigue? ¿Lo sabe, o su búsqueda es incierta e impulsiva?

Este “como si nada” del absurdo está presente en numerosos cuentos: una verruga con boca, pelitos y “*ojitos que pestañean*” asoma de la cara del jefe de un investigador; un brazo cansado de tanto pelear, deja a su dueño; un gato de arena se pasea por la playa sin que nadie se escandalice. Y es que en el absurdo, no hay escándalo. De hecho, es el

¹ Tal como señala Chambers: “*La noción de lector implícito deriva de haber comprendido que ‘hacen falta dos para decir algo’. Según este concepto, el autor crea en su libro una relación con un lector a fin de revelar el significado del texto*”. (“El lector en el libro”, en *Children’s Literature. The Development of Criticism* (Peter Hunt, Ed.) Gran Bretaña: Routledge, 1990).

² Lurie, Alison. 1998: 13.

³ Wolf, Ema. 2003: 10

escándalo de la razón ante la ausencia de escándalo lo que estas historias podrían despertar en el lector.

Asignarles conciencia y sentimientos a seres inanimados constituye un recurso muy a tono con lo prodigioso de las historias, que no sólo se emplea en “La piedra fugitiva”, sino también en el cuento “Un héroe”, en donde la pierna de un general, desconcertada y dolida, se desprende de su dueño y sigue dando pasos en el aire (todavía con el zapato puesto) y su brazo, cansado de tanto pelear, decide también dejarlo.

Sigo avanzando y entonces llego al segundo cuento, “Una santa”. Texto irreverente, si los hay. Entre descripciones de milagros y santidades, surgen alusiones filosas como cuchillos, frases de una ironía genial. Expresiones como “*siempre resultó difícil competir en asuntos de prodigios, sobre todo para los extranjeros y las mujeres*”⁴, logran decir mucho más de lo que está escrito.

Estas alusiones no encierran, sin embargo, un interés pedagogizante. No hay una enseñanza que se explicita. Detrás de lo dicho, no aparece el dedo de la autora señalando la lectura precisa que la frase requiere. El cuento funciona más como una invitación a leer entre líneas y sacar las propias conclusiones.

Dice el narrador: “*el [milagro] de Starosta ocupa el rincón discreto que se le asigna a un pariente pobre en una casa rica, empalidece como un olvidadito almanaque de peluquería*”.⁵ El uso de este diminutivo hace que la frase explote en un sinfín de significaciones diversas. La degradación humorística a través de la cual se compara el santo milagro con algo tan trivial como un almanaque de peluquería, constituye una invitación a la mirada desenfadada y a la desacralización de la religión y sus símbolos. El mismo tratamiento se le da a la imagen de la santa: la descripción sobria, sacrosanta, de Starosta, es interrumpida con un giro terriblemente coloquial: “*Tiene los brazos en cruz sobre un madero. Virgen absoluta. De formas femeninas nada, es chata como una baldosa*”.⁶

Para idolatrar, hace falta distancia. Se venera más lo inalcanzable. Pero la distancia, la lejanía de la figura idolatrada, es un buen modo de ocultarla de la mirada crítica. De allí que uno de los efectos principales del humor sea la desacralización. Acercarnos al objeto venerado puede evidenciarlo todo lo ridículo que encierra. El cuento de Wolf nos aproxima a una santa que ha sido objeto de un milagro absurdo. Este objeto venerado pero lejano y la contraposición con la mirada cercana del seminarista, tiñen de ridiculez al objeto de culto. Este mismo juego se repite en los distintos cuentos, sin estar atado a la trama sino a la construcción textual. Todas las historias del libro juegan con este ir y venir del lenguaje: frases sobrias, casi académicas, que nos recuerdan las obras de la literatura de culto (o a las crónicas históricas o científicas, lejanas al uso habitual que el lector hace de las palabras), son de pronto desgarradas por expresiones cotidianas, frases populares, hasta expresiones chabacanas que no hacen más que subvertir el orden esperado, y aproximar lo leído al lector. El efecto cómico surge de un juego de tensiones: tensiones entre el lenguaje literario y el coloquial. Entre lo que se presenta y lo que se alude. Entre lo no dicho y lo que esa ausencia dice. La transgresión se asienta en la regla. Hace falta subvertir el orden, pero también conocerlo para poder apreciar la ruptura. El juego con el lenguaje a lo largo de los cuentos es un permanente juego de registros en continua ruptura, y es en esta tensión en la que se asienta mucho de la comicidad de la obra.

Justamente esta ambivalencia cobra vital importancia en la parodia, uno de los recursos empleados en *Libro de los prodigios*, recurso que combina en sí mismo el

⁴ Wolf, Ema. 2003: 14.

⁵ Wolf, Ema. 2003: 14.

⁶ Wolf, Ema. 2003: 15.

homenaje y la destrucción del objeto aludido. Bajtín señala “*la dualidad en la percepción del mundo y la vida humana ya existían en el estadio anterior de la civilización primitiva. En el folklore de los pueblos primitivos se encuentra, paralelamente a los cultos serios (por su organización y su tono) la existencia de cultos cómicos, que convertían a las divinidades en objetos de burla y blasfemia*”⁷. Esta dualidad es la que Wolf retoma en “Una santa”, en la que lo sacro y lo venerable conviven junto a lo ridículo. Pero también la parodia está presente en el nivel discursivo, en cuentos como “Un asunto de alas”, en el que a partir de la argumentación científica se intenta probar la aparición de un ángel, llegando a una conclusión por demás ridícula, con algunos giros verdaderamente delirantes.

Después de lo dicho, resulta evidente que el humor presente en este libro no es el de los chistes fáciles que distraen o entretienen. Se trata, en cambio, de un humor que *empodera* al lector, que “*reacciona y desafía*” como diría Pescetti. Reacciona frente a lo normal, lo lógico, lo dado por hecho, y desafía al lector a hacer lo mismo. Ya lo señala Stilman: “*el espectador que percibe un acto humorístico mediante su sentido del humor, participa de él en la misma medida que quien lo cumplió: es, también, un humorista*”.⁸

Los cuentos que conforman *Libro de los prodigios* encierran una mirada implacable y una mordacidad encantadora. Su postura subversiva no alcanza sólo a valores establecidos, jerarquías, instituciones. No sólo pone en cuestión la religión, la política, la ciencia, la guerra, los estereotipos, lo sacro y lo profano. También la literatura misma. Y es que *Libro de los prodigios* evidencia que otro modo de hacer literatura para niños es posible. De hecho, plantea una literatura independiente del autor (ya que su explicación es ajena a quien la ha producido), que se sustenta por sí misma y que busca a un lector cómplice. “*Un texto no está constituido por una fila de palabras, de las que se desprende un único sentido, teológico, en cierto modo (pues sería el mensaje del Autor-Dios), sino por un espacio de múltiples dimensiones en el que se concuerdan y se contrastan diversas escrituras ninguna de las cuales es la original: el texto es un tejido de citas provenientes de los mil focos de la cultura*”, señala Barthes⁹. La obra de Wolf evoca géneros, obras, discursos diversos (pienso en Borges y en Calvino por ejemplo). Y es en el lector en quien estas escrituras confluyen. Un lector sin edad, una literatura sin tema (en el sentido utilitario del término). Una literatura que se ríe de sí misma al poner como objeto de desacralización al propio lenguaje y a los distintos géneros discursivos (científico, religioso, histórico). Una literatura que no pretende enseñar, que no quiere ser endiosada, ni endiosar al autor o a la palabra. La literatura de Ema Wolf es justamente la que se asienta en esa frontera indómita de la que Graciela Montes nos habla: gratuita, lúdica, libre.¹⁰

El efecto humorístico no sólo se logra a través de la tensión del lenguaje. También se hace presente en la obra de Wolf a partir de la exageración (como en el caso del cuento “Los tres marineros mentirosos y el viejo”¹¹); de la inversión del orden lógico y la sátira política (como en “La ciudad de los bufones”, cuyos ‘tontos’ habitantes pueden destronar en ocasiones a reyes y ministros); la convivencia de mundos dispares (como

⁷ Bajtín, Mijaíl. 1987: 11.

⁸ Stilman, Eduardo. 1967: 12.

⁹ Barthes, Roland. 2002: 69

¹⁰ Montes, Graciela. 1998: 49-59.

¹¹ “A mí me hablaron [de un barco] tan grande que para llevar las órdenes de proa a popa usaban un caballo. En la mitad del camino el jinete hacía noche en un albergue”. Wolf, Ema. 2003: 54.

en “Un asunto de alas”¹²); el humor negro (tan presente en “Un héroe”); la creación de mundos disparatados (es el caso de “El carretel de hilo”, en donde un pueblo caótico permanentemente cambiante, remite al mundo maravilloso de Alicia), el rescate de lo absurdo (en “Envidia de Juan Crisóstomo Wolfgang Teófilo” por ejemplo, en donde el niño rabo es envidiado por el niño músico), y el *nonsense* (como el relato “Mi mapa cerebral”).

“El humor es siempre un disparo contra la autoridad. Esta puede encarnarse en una persona real, una institución, el gobierno, una imagen religiosa. Pero también, en un sentido más amplio de la palabra, en los códigos sociales de buen comportamiento, el reglamento de tránsito, valores éticos, horarios, planificaciones, tecnología. En un sentido más extenso aún, la lógica es un principio de autoridad; así como las reglas del lenguaje, las gramaticales, las de ortografía; los impuestos. Lo que creció con desmesura, o ganó tanto consenso que aplasta. Y todo aquello que de algún modo imponga un límite: el principio de realidad; el miedo; una enfermedad; la muerte; la tarifa telefónica”, señala Pescetti¹³. Y al leer *El libro de los prodigios* no puedo más que recordar estas palabras. Ema Wolf se levanta contra la autoridad en cada uno de sus relatos. Incluso contra la autoridad de una única lectura posible. Por eso, quizás, sus relatos disparan tantas interpretaciones. Generan tantas puertas de ingreso e invitan a la interrupción permanente: para reírse, para reflexionar, para recordar otras obras, para pensar en otros prodigios.

Prodigios chiquitos, como una piedra fugitiva o la bolsa danzante de mi recuerdo.

Prodigios grandes, como el lago que emerge de un sobre de papel, o la palabra “tía” que asombrosamente nace de labios de mi sobrina.

Prodigios explicables, como el de un día perdido, o mil flores encontradas.

Prodigios inexplicables, como el del basilisco caminando sobre el agua, o mi luna de ayer sobre Buenos Aires.

Prodigios absurdos, vaticinados por augures... o por economistas.

Prodigios lejanos, prodigios cercanos.

Prodigios mínimos... como el que haya logrado vencer al peor monstruo de todos: el que permanece en la hoja en blanco (el Honorable Aloysius, bien sabe de lo que hablo).

Bibliografía:

Bajtín, Mijaíl: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: El contexto de Francois Rabelais*. Version de Julio Forcat y César Conroy. Madrid. Alianza Editorial, 1987.

Barthes, Roland: “Escribir la lectura”. “La muerte del autor”. En *El susurro del lenguaje*. Más allá de la palabra y la escritura. Buenos Aires, Paidós, 2002. Pág. 35-38; 65-71.

Chambers, Aidan: “El lector en el libro” en *Children’s Literature. The Development of Criticism* (Peter Hunt, Ed.) Gran Bretaña: Routledge, 1990.

Larrosa, Jorge: “La novela pedagógica y la pedagogización de la novela” en *Pedagogía profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación*. Buenos Aires. Novedades Educativas. 2000. Pág. 165-179.

Lurie, Alison: *No se lo cuentes a los mayores. Literatura infantil, espacio subversivo*. Madrid. Fundación Sánchez Ruipérez, 1998.

¹² Esta colisión se visualiza a través del discurso del especialista, que con rigurosidad científica deshecha la importancia del encuentro con un ángel, porque al no ser un ave no deber ser de interés para la comunidad de especialistas en ornitología.

¹³ Pescetti, Luis María. 2000: 5.

Montes, Graciela: "La frontera indómita" en *La frontera indómita*. México. FCE. 1998. Pág. 49-59.

Pescetti, Luis María: "Prólogo" en *Los mejores relatos de humor La Mona Risa*. Alfaguara. Madrid, 2000.

Stilman, Eduardo (selección y notas) "El humor negro" en *El humor negro. Antología ilustrada*. Buenos Aires, Brújula, 1967. Colección Breviarios de Información Literaria.

Stilman, Eduardo (selección y notas) "El humor absurdo" en *El humor absurdo. Antología ilustrada*. Buenos Aires, Brújula, 1967. Colección Breviarios de Información Literaria.

Wolf, Ema: *Libro de los prodigios*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2003. Colección Torre de Papel.